

EL PADRE PAUL COUTURIER APOSTOL DE LA UNIDAD CRISTIANA MAESTRO DE ORACION

*Cristo, que Tu Oración en nosotros
nos penetre, nos invada, y
suba libre... libre... hasta tu Padre:
"Yo en ellos, Tú en Mí, para que sean
consumados en la UNIDAD"*
P.C.

Quisiéramos presentar al P. Couturier bajo el aspecto de maestro de oración. No porque haya sentado cátedra, sino por haberse sumergido en la oración misma de Cristo. A tal punto que cuando se encontró frente al problema de la división de los cristianos, vio en la oración, sola y sencillamente, la solución para este callejón sin salida. De este modo quedó plasmado el genial hallazgo: "orar por la Unidad que Dios quiere, de la manera que El quiera" (cf. Jn.XVII). No vamos a hacer aquí un estudio detallado del tema sino que entregamos estas breves páginas a los lectores para que tengan por sí mismos la alegría del descubrimiento que tuvo quien las escribió.

Corrían los años 20. Llegaban a Francia oleadas ingentes de refugiados rusos. Más de diez mil sólo a Lyon, donde un oscuro sacerdote les dio, de su pobreza, lo que tenía: un corazón abierto de par en par. En él acogió con inteligente caridad los sufrimientos físicos, espirituales y morales de esa muchedumbre, mientras, a la vez, recibía y descubría la riqueza fraterna de cristianos que vivían el Evangelio según una tradición diversa a la de la Iglesia Católica. Por entonces la recíproca actitud "oficial" era de desconfianza, y hasta de hostilidad —en gran parte debido al mutuo desconocimiento— y también de proselitismo. Estaba vedado reunirse. Pero la caridad es ingeniosa y aquel "Otro Cristo" desplegó desde entonces con asombroso éxito los recursos de esa "audacia prudente" que, por la fuerza del constante ejercicio llegaría a ser su virtud preferida y se volvería proverbial. El P. A. Valensin, sj —que era su guía espiritual— comprobando sus excepcionales dones psicológicos anota: "sus antenas espirituales ya le advirtieron que la caridad consiste, sí, en ayudar, pero sobre todo en abrir el corazón, y menos en dar que recibir. Adivinaba cuán fácilmente se suele lastimar a las personas por la manera como se las socorre".

¿Quién era, pues, "aquel ser todo caridad, todo santidad, todo humildad" —como lo definió más tarde el Pastor Jean de Saussure, que agregó: "y cuyo

En este artículo por excepción se ha respetado el uso de las mayúsculas propio del P. Couturier. Se encontrarán asimismo algunas variantes en nuestra composición habitual de los textos (N. de la R.).

refugio era la oración y por eso fue un verdadero ecumenista"—? Era el Padre Paul Couturier, "l'abbé Couturier" para los francófonos y sencillamente "the abbe" para los anglicanos.

Paul Couturier nació el 29 de julio de 1881 en Lyon, Francia, de familia cristiana "conservadora", muy "vieille France". Era menudo, endeble, pálido, muy piadoso, escrupuloso. En 1906 es ordenado sacerdote, y hasta sus últimos días la Misa —prolongada, meditada— y el breviario serán la cumbre de su jornada y lo más denso de su oración. En 1909, con la licenciatura en ciencias físicas inicia la docencia que será su medio de vida durante cuarenta años. 1929 señala el comienzo de su amistad con Victor Carhian, decisiva en la orientación de su sacerdocio, hasta entonces trabado por el rigorismo de su ambiente, acentuado por el rigorismo eclesiástico de aquel momento. "Cuando su magnífico corazón descubrió el primado de la caridad, el progreso hacia la verdad y un concepto no ya estático sino dinámico [...] no necesitó sino encontrarse a sí mismo para entregarse a las luces nuevas que había encontrado" (Carhian) pues "No sólo estaba inflamado: él era la llama misma" (Padre G. Curtis, anglicano).

Tres años más tarde se pone al servicio de los refugiados rusos, y en 1932 conoce el monasterio bi-ritual de Amay. 1933 es el año de su oblatura benedictina y, con la celebración del I Octavario de Oración por la Unidad en Lyon, empieza su obra de apóstol de la Unidad. En 1936 se inician en Erlenbach los encuentros teológicos inter-confesionales que proseguirán en la Trapa de Dombes hasta hoy. (El Grupo de Dombes celebró su cincuentenario el 11 de noviembre de 1987. Sus publicaciones son un considerable aporte al diálogo teológico ecuménico, en su carácter privado; de gran importancia acerca de la identidad confesional y la conversión eclesial; reconocido por el Papa en su visita a Lyon en octubre del 86). En 1937 y 1938 realiza sus dos viajes a Inglaterra alentando en la Iglesia Anglicana aquella ansia de fraternidad con la Iglesia de Roma, adormecida tras la interrupción de las conversaciones de Malinas. En 1940 conoce a Roger Schütz y al año siguiente va por primera vez a Taizé, apoyando, sosteniendo y aconsejando a los fundadores, que lo llamaron "su padre espiritual". También asesora las Comunidades protestantes femeninas de Grandchamp (que sigue la Regla de Taizé), de Présinge y otras. En 1944 soporta tres meses de prisión por parte de la Wehrmacht —sospechoso por su constante correspondencia con Inglaterra— quedando quebrantada su siempre frágil salud. En 1945 se inician las jornadas de emulación y formación ecuménica conocidas por "Journées du Châtelar", por las que pasaron unos quinientos sacerdotes. En 1951 un primer infarto cardíaco lo recluye en su domicilio que será a la vez su oratorio. Al año siguiente el Patriarca Máximos IV lo nombra archimandrita del Patriarcado Greco-melkitá de Antioquía. El 24 de marzo de 1953 responde a la llamada definitiva del Señor.

Mencionamos sin detallar las numerosas colaboraciones en revistas diversas, los folletos, los "tract" (volantes para la Semana de Oración). En 1942 aparece Pages-Documentaires, "su" revista especializada que llega hasta hoy con el nombre de "Unité Chrétienne" y es el órgano de la Asociación Interconfesional Internacional del mismo nombre, fundada en Lyon para perpetuar la irradiación de su espíritu y su labor ecuménica centrada en los

valores espirituales y sobrenaturales. Director actual es el P. Pierre Michalon, pss. — “Unité Chrétienne” — 2, rue Jean-Carriès — 69005 Lyon (Francia). Tel. 78.42.11.67.

En el P. Couturier, pues; mediante aquella experiencia previa con los refugiados ortodoxos, Dios modelaba la actitud ecuménica, adecuada a la vocación que le señalaría recién una década más tarde, a los cincuenta y tres años. Por entonces. — julio de 1932 — con objeto de adentrarse en el problema del Oriente cristiano, fue a hospedarse durante un mes al monasterio benedictino biritual de Amay, Bélgica (trasladado a Chevetogne en 1939). Fue éste un acontecimiento providencial. Desde joven le atraía el monaquismo en su forma trapense, pero no se lo permitieron ni su escasa salud (“apenas cuerpo suficiente para sustentar el alma” — M. Villain —) ni sus ineludibles obligaciones familiares. Amay le ofrecía un camino intermedio: la oblatura, y corroboraba fuertemente su interés por el acercamiento al Oriente, que pronto se dilató hasta abarcar la Unidad de todos los cristianos.

Poco después de su estadía le escribe al Prior, P. Belpaire:

“Estoy muy feliz de haber devenido miembro de la familia benedictina de Amay. Encontré allí lo que soñaba: la paz benedictina (de la que había oído hablar); la espiritualidad benedictina, en la que lo sobrenatural está armoniosamente acorde con la naturaleza; el amor por el Oriente, sus riquezas espirituales e intelectuales; una entrega ilustrada e inquebrantable a la causa de la Unidad”. Tomó por segundo nombre el de Iréneo, el gran obispo de Lyon: “San Iréneo no era benedictino, pero tenía espíritu de tal; es el titular de la capilla rusa de Lyon; es el nombre de la Sociedad de sacerdotes de la diócesis a la que pertenezco; es, en fin, el Oriente que vino a Lyon (en el siglo II). Es la “paz”, es el Irénikon, es Amay”. En lo sucesivo a menudo firmará Paul-Irénee o sólo Irénee¹.

En Amay, el P. Couturier adopta como libro de cabecera el folleto de Dom Beaudouin “La obra de los monjes benedictinos de Amay” del que toma estas notas, entre otras:

- “El acercamiento de los corazones no es la unidad en la fe, pero dispone a ella”.
- “Preparar la unidad jerárquica y visible, humanamente aún lejana, mediante la unidad espiritual de los espíritus y de los corazones”.
- “Primer objetivo: habitar a los cristianos de Occidente a unir sus oraciones a la de Jesús en la noche de la Cena, a compartir aquella suprema intención que absorbió todas las preocupaciones del Maestro en el momento de dejarnos: que sean uno; que sean consumados en la unidad”.

Además, en ese monasterio encontró muy vivo el recuerdo de la actuación

1. En 1964 se inauguró en Amay una placa de bronce que dice así: En el tiempo en que este monasterio / fundado por Dom Lambert Beaudouin / albergaba a los monjes de la Unión / recibió, los días 13 y 14 — IX — 1930 la visita de Mons. Roncalli / futuro Papa Juan XXIII / y en 1932 / la del P. Couturier / apóstol de la Unidad.

del Cardenal Mercier en las Conversaciones de Malinas, y copió su testamento espiritual que había calado muy hondo en su corazón:

- “Para unirse, hay que amarse; para amarse, hay que conocerse; para conocerse, hay que ir al encuentro unos de otros”.

Y finalmente, allí conoció el Octavario de Oración por la Unidad; por supuesto tal como se rezaba por entonces, según la mente de sus fundadores anglicanos: P. Paul Watson (que pasó a la Iglesia Romana) y Rev. Spencer Jones: la conversión al catolicismo.

A su regreso a Lyon, el P. Couturier lo introduce inmediatamente (1933). Pero ni bien descubrió el Octavario, captó la limitación con que tropezaba, y lo repensó en su coloquio con Dios. Vio claro que había que ensancharlo hasta su *total universalidad*: había que poder pedir *todos juntos, la Unidad que Cristo quiere por los medios que El quiera*. Tal sería la “fórmula-clave” que sintetizaría su espíritu del Octavario, que de ese modo se convertiría en: *La Semana de Universal Oración de los Cristianos por la Unidad cristiana*.

En 1935, expone su enfoque en “Revue Apologétique” con el título de “Psicología del Octavario”. Este artículo, capital respecto a la historia del pensamiento del P. Couturier, lo fue también porque le atrajo el estímulo de teólogos y obispos católicos a la par que reacciones de simpatía de las Comunidades Anglicanas más influyentes, de obispos anglicanos y de pastores protestantes de Francia y de Suiza. A partir de entonces el P. Couturier fue centro de una correspondencia que le iría revelando, a través del mundo y en todas las confesiones cristianas, la realidad de una insospechada santidad (cf. U.R., 3 y 4). Correspondencia increíblemente copiosa, que sería el tormento y a la vez el inefable gozo de sus últimos años.

Más adelante, al término ya de la etapa inicial, publica el folleto “Prière et Unité chrétienne” sucesivamente en 1944 y 1952 (año anterior a su muerte), cuyo argumento es el siguiente:

La Unidad cristiana es una empresa que supera todo esfuerzo humano: será un milagro estupefacto de la Misericordia del Padre, y ese milagro debe ser implorado por todos los cristianos, que, solidarios, son todos culpables mediata o inmediatamente de la división: por lo tanto es necesario descubrir el principio de una oración simultánea y convergente hacia ese fin. Pero aquí justamente es donde surge la dificultad crucial que anteriormente pusimos en evidencia y contra la cual tropieza el Octavario anterior. Todo cristiano ferviente tiene apego a su confesión, a una determinada expresión de su fe, a un concepto particular de la Iglesia, y está comprometido por la fidelidad de su Iglesia. Así pues, los cristianos no romanos se negarán a rezar con nosotros si les imponemos de antemano una solución circunscripta en una fórmula dogmática. ¿Qué hacer, pues? No hay dos caminos; hay sólo uno: unirse a la oración de Cristo, perderse en ella, centrando la atención no en las divergencias dogmáticas sino en la profesión de fe bautismal, que es el meollo de la fe cristiana. Esta actitud exige un renunciamiento total; un sumergirse en un misterio que encierra, de hecho, muchas incógnitas

y trasciende todas las combinaciones que podríamos presentarle al Señor, en nombre de nuestra fe: es la actitud del alma abierta a la única y soberana voluntad de Cristo diciendo "Sí" a Su oración de Unidad. Entonces es Cristo quien ora en nosotros "sin el peso de nosotros mismos".

"Nuestra oración tendrá este tenor: Señor, bajo el intolerable peso de la miseria de las separaciones entre cristianos, mi corazón desfallece. Confío en Ti, Cristo, que has vencido al mundo. Propio del amor es suscitar una confianza ciega en el amado. Mi confianza en Ti es ilimitada, puesto que eres el Omnipotente. Esa, mi confianza me arroja en tu corazón donde encuentra tu oración: 'Padre, que sean uno para que el mundo conozca que me has enviado. Padre, que sean consumados en la unidad'. Mi oración de pecador, es la Tuya, y Tu oración es mi única paz. ¿Cuándo? ¿Cómo se hará la unidad? ¿Cuáles son los obstáculos que hay que vencer? Es cosa Tuya; mi fe no me puede mandar otra cosa más allá que orar contigo, en Ti, para que se realice Tu Unidad, la que nunca dejaste de querer, la que persigues, la que preparas, la que ya habrías realizado desde hace tiempo si todos —todos y yo— hubiéramos sido de cristal entre lo que, de la creación, por el cristiano quiere subir a Ti, y por él también, bajar al mundo".

Oración simple, leal, centrada y adentrada en el Corazón de Cristo, donde confluye la oración de todos los verdaderos cristianos.

Desde un principio es nítido el pensamiento del P. Couturier porque de entrada va a lo esencial y permanente. Pero sin embargo en textos sucesivos se irá ahondando y explicitando. Esa oración pura, absoluta, genuinamente cristiana (*por, con y en Cristo y con y en los hermanos*) no puede brotar sino de un corazón igualmente puro, fundamentalmente recto, esto es, enderezado a Dios; exige la santificación de cada orante y del grupo cristiano a que pertenece. El P. Couturier llamará esto emulación espiritual. Su enfoque total es el *ecumenismo espiritual*. Este término, que expresa exactamente su espíritu, lo adopta el documento conciliar (U.R., 8); no por nada el nombre de Paul Couturier fue el único que resonó en el Aula del Concilio en aquella oportunidad.

Incluimos a continuación unas pocas citas del Padre y algunos testimonios² que hablan de oración, verdad, caridad, comprensión, "santificación orientada", emulación o revitalización del catolicismo. (Con pena dejamos de lado muchas cosas bellísimas, como las que ponen de relieve la fidelidad —a toda prueba, literalmente— a su "amadísima Madre la Iglesia Católica", tan altamente justipreciada por sus amigos no-católicos, o también su predilección por los "medios pobres" para llevar adelante sus iniciativas apostólicas).

2. Entresacados de los nn. 32 y 60 de *Unité Chrétienne* y del libro *Témoignages* recopilado por el P. MAURICE VILLAIN, discípulo del P. Couturier, que han sido fuentes de todo este artículo, juntamente con la obra de E. FOUILLOUX *Histoire de l'ecumenisme catholique aux XIXe. et XXe. siècles*.

Citas del P. Couturier

Oración común — Circular dirigida a amigos protestantes para preparar el primer Octavario de Oración por la Unidad, en 1936

“El fondo de la cuestión es llegar a promover una oración ecuménica en todos los grupos cristianos, una oración eco de nuestro íntimo sufrimiento por el horrendo pecado de desunión. Todos hemos pecado. Todos debemos humillarnos, orar sin tregua y pedir incansablemente el milagro de la Reunión. Sin duda no la veremos pero nuestro deber urgente es prepararla, por lejana que esté: nuestro Cristo, el de todos, espera la oración unánime de todos los grupos cristianos para reunirlos cuando y como El quiera. [...] Ni la oración católica, ni la oración ortodoxa, ni la oración anglicana, ni la oración protestante bastan. Hacen falta todas, y todas *juntas*. Ya han rezado y seguirán rezando millones de almas, Poco a poco otros millares se sumarán a ellas”.

“Una oración que va derecho del corazón del fiel al Corazón de Cristo Orante”.

... e intercomunicación de las almas

“Por mi oración pasa vitalmente su oración (la de los demás). No tengo más que dejar hacer, decir: sí. Y para mejor, ese mejor al que siempre debemos tender, no tengo más que *realizar*, es decir reflexionar en lo íntimo del corazón, acerca de todo ese caudal que pasa por mí y sube a Dios cuando rezo, en volver más viva, acuñándola con mi personalidad moral, esa corriente hacia Dios que proviene de las profundidades más remotas de la humanidad.

Recíprocamente, yo rezo en cada uno de los demás. Mi oración por la Unidad sale de mi corazón, se infiltra por la circulación espiritual del Cuerpo místico en la oración de aquel hermano que quizá está muy lejos de mí por el contenido de sus creencias. Pero si está más cerca de Dios que yo, mi pobre oración hallará en la suya su mejor eficacia, su más rápido vuelo hacia el Eterno...

Por lo tanto en el altar de la Santa Misa, en el Oficio coral, en la oración silenciosa, conmigo y en mí oran mis hermanos protestantes, anglicanos y ortodoxos. Y asimismo yo estoy *en* y yo paso *por* la oración leal, sincera de la Divina Liturgia y de los Oficios de los ortodoxos convencidos, *en* y *por* las oraciones públicas y privadas de los anglicanos fervientes, *en* y *por* las fervientes conmemoraciones protestantes de la Santa Cena”.

Carta de 1937

“Aprendamos a no romper nada, a regocijarnos, a favorecer, a orar con acción de gracias frente a toda tentativa que une, y sobre todo que une en la oración. Estamos seguros de que tales iniciativas son obra del Espíritu Santo... que triunfen todas las uniones entre los grupos cristianos mientras *no lo sean contra* algún

otro grupo, ni contra nadie, sino para seguir el llamado de Cristo. Es Dios que reúne las piedras de Sión”.

Acerca del Octavario – Carta de 1938 a su fundador, P. Paul Fr. Watson, del Atonement, EEUU

...“¡rebotante de felicidad, porque unos dos mil monasterios participaron en el Octavario ‘por la Unidad que Dios quiere de la manera que El quiera’, y en Roma se está diciendo: ‘Non possum benedicerè, sed possum dicere bene, valde bene’, ¡qué progreso!”.

Respuesta al Pastor Gunnar Rosendal, de Suecia. Este luego de adoptar el Octavario renovado del P. Couturier, tuvo noticia del del P. Watson, y entabló correspondencia con ambos para dilucidar la cuestión. El P. Couturier le escribe, con esa manera tan suya de alentar siempre a colaboradores y discípulos:

“Ud. es en Suecia un testimonio conmovedor. ‘¿Por qué dudas, hombre de poca fe?’ ¿No tiene Ud. a la par mía, la inquebrantable convicción de que *Dios espera* esta Oración *Universal*, modulada en espiritualidades diferentes, que brota en aquel mismo punto doloroso de las divisiones cristianas, *para que* todos los cristianos, en oraciones sinceras y leales reciban de El el don de su Unidad reencontrada...?”.

Oración de Cristo – Volante de 1940

“¡Que llegue el día que quieres, Cristo! El día que, desde la Santa Cena, no dejas de pedir... Aquel en que no tendremos sino un mismo pensar... Tu pensar: la Unidad, en la Fe de Tu única Iglesia. Ese día llegará cuando nuestro dolor por las separaciones nos haya hecho sufrir lo bastante... y haya llegado a ser lo bastante abrasadora la llama de nuestro mismo amor a Ti, y lo bastante ardientes el fuego y la luz del mismo Espíritu, que nos enviarás, ya operante, como respuesta a nuestro amor a Ti. Tu Espíritu, el Espíritu de Tu Padre. —Ese día será la gran reparación y cesará el gran escándalo”.

Primacia de la caridad, emulación espiritual, revivificación católica: camino para el diálogo – Carta de 1942

“Bajo el influjo de la oración, cada grupo cristiano, incluidos los católicos, ahondará su vida, valorizará sus talentos, reformará lo que en él debe reformarse, subirá hacia el Señor hasta la altura a la que llegan los muros de la separación. Entónces todos, y recíprocamente, reconociendo en sus demás hermanos al Cristo a quien adoran, lo reconocerán tal cual es, idéntico a Sí mismo, uno, único en su amor, su vida y su pensamiento. Entónces se hallará realizada la Unidad dogmática, adhesión plena de todos los espíritus al único pensamiento de Cristo. Y

la Unión se proclamará a sí misma por boca de los Jefes religiosos y por boca de Pedro. Tal vez esto se efectúe en un inmenso Concilio ecuménico”.

Caridad y emulación espiritual, ecumenismo. — Ex igne, lux (S. Agustín)

“Vano sería soñar en que se realice primero la Unidad de los espíritus en la Verdad y luego la Unión de los corazones en la caridad: *Ex igne, lux*. La verdad sólo es aprehendida por un alma ya preparada a recibirla, esto es, que ya se entregó a ella por siquiera un oscuro principio de deseo de amor. La Caridad es el heraldo de la Verdad. El Verbo comenzó por la caridad y la humildad de la Encarnación a fin de amar, bajo “forma de esclavo”, el corazón de los hombres, pues a su juicio era el único medio de obtener audiencia de sus espíritus a través de su libertad. Los cristianos separados entre sí no tienen otro modelo para trabajar juntos en su mutua comprensión pues todos, incluso los católicos, están rodeados de tinieblas e ignorancias recíprocas”.

Carta de 1945

“El problema de la Unidad Cristiana es, esencialmente, para todos los cristianos, un problema de *santificación orientada*, de vida interior orientada. Al final, está la unidad dogmática. Por el camino, está la revivificación de los grupos cristianos, revivificación del conjunto de un grupo por la revivificación de cada uno o al menos de un número bastante grande de sus miembros. La Caridad unificante llevará a la unidad de los espíritus en la Verdad. Los llevará por el sufrimiento generador de oración, por ser el sufrimiento ya de por sí forma supereminente de oración, si es aceptado en espíritu de reparación y súplica.

* A fuerza de ser cristificados, los cristianos todos no podrán tener sino un solo sentir: el de Cristo”.

Carta del 3 de marzo de 1948

“El misterio de Cristo estimula a cada Iglesia a una santificación más total en el Espíritu Santo con la ayuda fraterna de las demás. Este vendrá a ser el camino viable para el diálogo teológico, que es, también él: ‘camino de superación recíproca en un punto de convergencia situado en cada uno de los caminos recorridos por cada confesión cristiana... En un punto dado —más allá, hacia adelante— de la renovación, de la revivificación católica, desembocarán los demás caminos de las confesiones cristianas no católicas. Es lo que he expresado mediante los Muros de la separación’.

¡Cristo, escucha! ¡Cristo, perdona! ¡Cristo, atiende y obra!

Cristo, haznos sufrir tanto por estar separados que Tu Oración en nosotros nos penetre, nos invada, y suba libre... libre... hasta Tu Padre:

‘Yo en ellos, Tú en Mí, para que sean consumados en la Unidad’ ”.

De la correspondencia con M. T. K., miembro del Monasterio Invisible — 1947

“Me gustaría que después de narrar la vida de S. Ma. Gabriela Ud. invitase al lector a subir más alto, como orientación de oración y le hiciera notar que el catolicismo *revivificado* será el único que podrá ofrecer un ambiente donde podrán integrarse los cristianos no-católicos; *revivificado* en todo el ámbito, fieles y jerarquía, que deben ser invadidos por la caridad abrasadora, etc. De suerte que sería *mucho más hermoso* ofrecer la propia vida por la *Unidad que Cristo quiere por los medios que El quiera*. Respetamos así el misterio de la andadura que nos llevará del catolicismo empobrecido de nuestra época, que ya está en vías de un magnífico despertar, hacia la plenitud del catolicismo *renovado* en el que todos nuestros hermanos hallarán la plenitud de sus deseos. Entonces las oblaiones de vidas católicas, protestantes, anglicanas y ortodoxas se juntan en una misma llama, en un mismo holocausto, en un mismo ardiente anhelo: ‘Señor Jesús ¡la Unidad que quieres para tu Iglesia! ¡El camino que quieras para llevar a ella!’ ¡Sabemos que es la santificación de todos los grupos cristianos en tu Amor! Por esa unidad, por esa santificación necesaria a su advenimiento, que te ofrezca su vida aquel o aquella a quien tu Espíritu llame auténticamente a hacerlo”³.

Acerca de encuentros teológicos — 1948: de la Memoria de las Sesiones interconfesionales realizadas desde 1937, entregada a su arzobispo el Card. Gerlier y por su intermedio al papa Pfo XII y a la vez a Mons. Montini. Incluidos también los testimonios de los participantes teólogos no católicos. Total de participantes: unos treinta.

“El alma de las sesiones es la oración. Puesto que juntos tratamos de trabajar fructuosamente en el campo teológico, no podemos acercarnos a los misterios dogmáticos sin que también *recemos juntos*: sería incurrir en traición. Dios no iluminará nuestro trabajo en común sino cuando se lo supliquemos también en común. Esto es una evidencia, una evidencia experimental para quien haya participado en un encuentro interconfesional. Para trabajar a plena luz, sin confusión, sin deslizamientos, sin ningún escándalo, recíprocamente sentimos necesidad de rezar juntos mediante temas comunes de nuestras creencias. Pater, oraciones al Espíritu Santo, cantos, meditaciones bíblicas y salmos mantienen en alto nuestras almas, desprendidos nuestros corazones, flexibles nuestras mentes”.

3. Ver LAGOS, M. E., *La Beata María Gabriela Sagheddu, ocso* en Cuadernos Monásticos n. 85, pp. 180-191. En este artículo hemos utilizado la siguiente bibliografía:

- Paolino BELTRAME QUATROCCHI, *La Beata María Gabriella dell'Unità*, 1983.
- Me. de la Trinité KERVINGANT, *El monaquismo, lugar ecuménico. Beata María Gabriela Sagheddu*, BAC 1985.
- Bernard MARTELET, *La petite soeur de l'unité Marie Gabriella (1914-1934)*. Médiaspaul 1984.

Vida interior orientada — Carta de 1953 al Pastor Henry Bruston escrita quince días antes de su muerte

“El problema de la Unidad cristiana es, para todos, un problema de *vida interior orientada*. Todos los cristianos están siendo impelidos, empujados, acorralados por el Espíritu para que entren por el único camino que es el suyo: el de la penitencia, la humildad, la emulación espiritual, la unidad que El quiere por los medios que quiera. Es un camino que está por encima y más allá de todas las búsquedas intelectuales, por leales y fraternas que seán, de todas las conferencias, aun de las más profundas y comprensivas, de todas las teologías (aunque son necesarias, siempre que estén ‘chorreando’⁴ oración)”.

EL MONASTERIO INVISIBLE

“El ‘Monasterio Invisible’ está constituido por el conjunto de las almas a quienes el Espíritu Santo ha podido dar a conocer, con un conocimiento íntimo —porque realmente han intentado abrirse a su llama y por ella a su luz— el doloroso estado de las separaciones entre los cristianos, y en las cuales tal conocimiento engendró un permanente sufrimiento generador de habitual oración y penitencia. Es invisible en su totalidad diseminada entre todas las confesiones cristianas. A veces sus miembros están aislados. A veces, agrupados según afinidad de temperamento y gusto. Otras veces los individuos o grupos tienen relaciones más o menos visibles, más o menos frecuentes; pero su realidad total permanece invisible, escondida en Dios con Cristo. Y sin embargo el nombre de Monasterio conviene a esa totalidad, ya que un mismo sufrimiento, unos mismos deseos, las mismas preocupaciones, la misma actividad espiritual, la misma finalidad reúnen en el Cuerpo de Cristo a toda esa multitud proveniente de todas las naciones... La clausura no es sino la inhabitación en Cristo orante por la Unidad; el espíritu, el de la Universal Oración; la acción, la de la Emulación espiritual desarrollada en todo campo”.

Testimonios

Una voz anglicana: el Rev. Henry Brandreth, en 1954, habla del maestro de oración y de la irradiación de la Semana de Oración por la Unidad.

Es imposible sopesar qué inmensos torrentes de oración desencadenaron el ejemplo y la enseñanza del P. Couturier. Sólo se puede afirmar que su oración era contagiosa y que son pocas las personas que lo conocieron y quedaron inmunes del germen. Era un gran maestro de oración, porque él mismo oraba mucho.

4. Las comillas son del P. Couturier “ruisselantes” de prière.

En quienes habían dejado oscurecer su visión de la unidad renovaba la esperanza convenciéndolos de que cuando todos orasen en y con Cristo, la voluntad soberana de Cristo prevalecería infaliblemente. Las personas que oran constantemente son grandes optimistas. El P. Couturier era capaz de comunicar su optimismo a una muchedumbre inconmensurable. Y su oración, de optimismo tranquilo, sigue abriéndose paso hoy.

Conservo siempre presente su enseñanza: "No hay que decir: rezo por tal; rezo por tal otro, desconocido. Ni tampoco: rezo en lugar de tal; rezo en lugar de tal, desconocido. Sino que es importante decir: Dejo al otro rezar en mí; le abro con amor el camino de mi alma; que le esté del todo libre el sendero de mi oración: *via orationis*. De este modo en el altar de la Santa Misa, en el Oficio coral, en la oración silenciosa, conmigo y en mí oran mis hermanos protestantes, anglicanos y ortodoxos".

Bastaba ver al Padre celebrando la Misa o rezar con él p. ej. en el silencio de la Trapa de Dombes, para comprender la verdad viviente de tal enseñanza...

Mons. Georges Chevrot, miembro del Institut Catholique de Paris:

La fuerte personalidad del P. Couturier, que se disimulaba en él tras una humildad poco común, desafía toda comparación: era él mismo. A su lado uno se sentía junto a un hombre de Dios. Un hombre marcado por Dios con una vocación particular a la cual obedecía sin desviarse, con perfecta seguridad. Su certeza descansaba en una fe inalterable en la oración de Cristo *ut unum sint!*

P. Gunnar Rosendal, sacerdote de la Iglesia (Luterana) de Suecia⁵

¿Cuál fue la influencia del P. Couturier en la vida espiritual de la Iglesia de Suecia? Me siento feliz de comprobarla con claridad en dos puntos. Primero, en la vida cotidiana de los fieles, que ahora utilizan oraciones de otras provincias eclesíásticas o adaptadas a situaciones diversas, estableciéndose así una relación viva con otros por la oración. Segundo y sobre todo, en la *renovación de la vida monástica*, viéndose nacer en la Iglesia de Suecia once comunidades, con sus constituciones, votos y regla. Algunas de ellas prosperan bien. Hay monjas muy versadas en monaquismo oriental y occidental, como la M. Mariana Nordström, ha-

5. Participó en el "Grupo de Dombes". Mantuvo larga correspondencia con el P. Couturier y contribuyó poderosamente a introducir el espíritu ecuménico en su Iglesia. Actualmente (más que octogenario) retirado en Kristianstad. Toda Suecia conoce y venera al "Padre Gunnar".

Nota bene: La Iglesia de Suecia, así como la Anglicana, se denominan a sí mismas "católicas" por la sucesión apostólica, por la estructura jerárquica y por el dogma que profesan.

del Claustro de Alsike, en el monasterio de Knivsta, cerca de Upsala. Claro está que en todas esas casas se observa la Semana de la Unidad, como asimismo entre los jóvenes y en muchas parroquias: el espíritu del P. Couturier está allí presente, y ese espíritu es un don del *Espíritu Santo*⁶.

...En cuanto a mí, el P. Couturier tuvo profunda influencia en mi vida. Lo llamaba mi "Abad" y yo me consideraba su "monje" para obedecerle en todo trabajo por la Unidad que me pidiera. [...] Con los años, por cierto, no ha menguado mi pasión por la Unidad de la Iglesia. Cada mañana en la Misa y cada tarde en Vísperas rezamos ardientemente, con fervor, por la Unidad. Ya no tengo cargo de parroquia, pero soy responsable de la Fundación Gratia Dei cuya capilla se denomina "Alegría celestial".

Irradiación de la Semana – Espíritu del P. Couturier

Padre Pierre Michalon: 1979 – *Unité Chrétienne* n. 32

No cabe aquí entrar en detalles. Pero es evidente que entre 1938 y 1953 las diversas confesiones cristianas quedaron sensibilizadas a la orientación espiritual del P. Couturier que infunde el soplo puro de la humildad, de la caridad, de la lealtad, del respeto y de la plenitud. Entabló relación con las personalidades más decisivas del mundo ortodoxo (hasta con el propio Patriarca Ecuménico Benjamín); asimismo del anglicano, no limitándose a los eclesiásticos sino que visitó también las Comunidades monásticas de los P.P. de Nashdom, Conley, Kelham, Mirfield y de las monjas de The House of Prayer de Burnham, Wantage y Malling; con el Sínodo de las Iglesias de la Reforma, en Francia; y en diversas partes, principalmente en Suecia, con las Iglesias luteranas. Muy suya esta afirmación: "No hay ni habrá crisis del movimiento ecuménico allí donde se multipliquen las Comunidades animadas auténticamente por el Espíritu".

La amistad

P. Maurice Villain – en *Témoignages*

El P. Couturier tenía el don del encuentro en Cristo. El don de la acogida. Y huelga decir que aunque lo prodigaba universalmente, privilegiaba al "hermano separado". En tal caso se sucedían entonces por su mirada la alegría de un encuentro único, cargado de fraternidad bautismal, y toda la inmensa tristeza de la división, sentida por él tan dolorosamente. En cualquier momento que uno llega-

6. El R. Couturier nunca viajó a Suecia. A través del P. Rosendal y otros, irradió su espíritu de oración profunda, contemplativa, transformadora, capaz de suscitar el florecimiento descrito y el nacimiento de comunidades monásticas en el seno del Luteranismo, varias de ellas benedictinas.

se, su rostro austero se iluminaba con una sonrisa: era todo tuyo. Dándose, enseñaba al visitante a conocerse y a superarse, juzgando siempre al otro ventajosamente y capaz de servir a la Gran Causa. En esto estaba quizás la forma más preciosa de su caridad. Prefería los contactos restringidos y personales que le permitían construir la Unidad palmo a palmo. También gustaba de relacionar a otros entre sí, principalmente de diversas confesiones. Y no hay duda de que su mensaje divulgado así de corazón a corazón se apoderó del mundo entero. También trataba de relacionar entre sí a Comunidades religiosas de diversa confesión, preferentemente hermanadas en forma estable ("jumelage"): las relaciones espirituales entre monasterios anglicanos y católicos son inapreciables. Ya las hay. Cuánto tema para compartir beneficiosamente en el plano de la emulación espiritual, de la Universal Oración por la Unidad cristiana.

Maisie Spens — en Témoignages

El P. Couturier tenía el don de poder amar a infinidad de seres con un amor personalísimo, como si cada cual fuese el único objeto de su preocupación. Poseía el don superior de hacer cobrar conciencia a cada uno de ser solidario de una gran multitud a la que amaba en Cristo. Tenía también el don peculiar de amar por igual a individuos y a colectividades. Decía el P. Couturier: "Sería necesario anudar tantos y tantos lazos entre anglicanos y romanos que a la postre todos se hallasen ligados, y así sólo faltaría formular la unión a nivel jerárquico sobre las bases dogmáticas queridas por nuestro Cristo".

A raíz de la muerte del P. Couturier escribió otro gran amigo suyo, *el benedictino anglicano Dom Benedict Ley*: "No era la suya la cortesía de un francés bien educado hacia un extranjero, sino la bondad de Cristo mismo. Pensar en el P. Couturier es seguir pensando en Nuestro Señor, pues el Padre no atraía a nadie hacia sí mismo, sino que se empeñaba en acercar a todos a Cristo".

Por último, vamos a recoger el autorizado testimonio del gran teólogo y ecumenista del Concilio Vaticano II, *P. Yves Congar, op⁷* en su artículo: "L'Abbé P. Couturier, ses intuitions 27 ans après" en *Unité Chrétienne* n. 60, del cual extractamos lo que sigue:

¿En qué están, veintisiete años después, las intuiciones cuyo encadenamiento formaba un programa coherente de servicio a la unidad? Me parece que po-

7. Yves CONGAR, dominico, no necesita presentación, ni tampoco su magna labor teológica de tanto peso para el Vaticano II, su pasión por la Unidad. El P. Couturier lo menciona en muchas cartas y remite a sus corresponsales a sus numerosas y valiosísimas obras. *Chrétiens désunis* el gran aldabonazo, fue contemporáneo, aunque inconexo, con el comienzo de la Semana de Oración del P. Couturier.

dríamos ennumerar sus articulaciones de esta manera: la oración universal de los cristianos por la Unidad, el alma de esa oración; la fórmula; la penitencia ecuménica; la emulación espiritual; la percepción de las divinas germinaciones. [...] Durante mucho tiempo, la Semana fue cada año un gran momento de gracia. Fue una puerta de entrada de información ecuménica, una pedagogía eficaz.

Luego se registró un cierto decaimiento, como suele suceder en tantos movimientos que, por haberse hecho vida, ya no llaman la atención. Por lo tanto, aquello —decaimiento— es verdad a medias. El folleto, editado conjuntamente por el Secretariado Romano y alguna otra Iglesia no-católica es difundido además por muchas publicaciones, y hoy día cada vez más las celebraciones reúnen cristianos de diversa tradición, y se perpetúan a lo largo del año. Sin embargo podemos preguntarnos si existe aún esa cierta profundidad espiritual de los orígenes. El ecumenismo no puede ser llevado sino por almas fervientes. ¿Se habrá desplazado del corazón hacia los labios y el cerebro...? ¿Habrá pasado a las manos? [...]

Si el P. Couturier hubiese vivido el Concilio, se habría regocijado inmensamente por el capítulo II del Decreto sobre el ecumenismo que, más allá de su muerte es como su aporte al Concilio. Baste recorrer los párrafos de ese capítulo II sobre el ejercicio del ecumenismo: Renovación de la Iglesia, Conversión del corazón, Oración conjunta, Conocimiento recíproco fraternal, Formación ecuménica, Manera de expresar y exponer la doctrina de la fe, Colaboración con nuestros hermanos desunidos...⁸ El P. Couturier habría seguido sin duda con intenso fervor el desarrollo de Taizé, cuyos comienzos comprendió y alentó tan notablemente, pero habría seguido asimismo con intenso interés los progresos de la unidad en y por la labor teológica. [...] El mismo estuvo en los orígenes del Grupo de Dombes que, como es sabido, se mantiene fiel al principio que el P. Couturier formulaba así: “Es en vano pensar que primero se realice la Unión de los espíritus en la Verdad, y después la Unión de los corazones en la Caridad. La verdad no es aprehendida sino por un alma preparada para recibirla... La Caridad es el heraldo de la Verdad”.

Paul Couturier insistía mucho en “un Confiteor prolongado en humildad, oración y penitencia...”. Todos hemos pecado. La historia es rica en violencias cometidas por los cristianos unos contra otros, en rechazo del diálogo y de la verdad de los otros⁹.

8. En U.R. se hallan solemnemente ayaladas todas las intuiciones proféticas del P. Couturier, en particular lo que le era más caro: el ecumenismo espiritual (Michel Darmoncier in *Unité Chrétienne* n.60).

9. P. Couturier: afiche de la Semana de 1947: “Los católicos franceses deben saber que los protestantes no pueden olvidar hechos como la matanza del día de S. Bartolomé y la revocación del edicto de Nantes. El papel preponderante que en ellos tuvieron las costumbres y las pasiones políticas de una época pasada no les impide experimentar, ante Cristo crucificado, un sentimiento de doloroso pesar. Y, en perfecta armonía con el espíritu de nuestra Madre la Santa Iglesia, hallarán gran paz expresando ese pesar”.

Pero he aquí, primero, a Juan XXIII¹⁰. Más adelante, se lleva a cabo el acto por el cual dos Iglesias proclaman simultáneamente, en Estambul y en Roma, su voluntad de entregar al olvido los recíprocos anatemas de 1054 (por firma de Pablo VI y Atenágoras). Luego se realizó la restitución, a Iglesias de Oriente, de reliquias insignes que nos fueron entregadas cuando la invasión turca. Pablo VI multiplica los gestos: en pleno Concilio, muy solemnemente, por dos veces pide perdón a nuestros hermanos por haberlos herido, y lo mismo hace en el Santo Sepulcro, ante la cruz de Jesús. Más aún: el 7-XII-1975, al recibir al Metropolitano Melitón de Calcedonia, Pablo VI (octogenario y tullido...N.del T.) arrodillándose, le besó los pies. Gesto más elocuente que mil palabras. Comentándolo, el Patriarca Dimitrios (de Constantinopla, cuyo enviado era Melitón) dijo: "Pablo VI superó al papado"¹¹.

El diálogo de la caridad precedió al diálogo teológico ¿No era éste el método del P. Couturier? Hoy, si volviese, daría gracias a Dios por todo lo que nos ha dado. Pero quizás ¿no nos diría que nos preocupamos mucho del cómo y no bastante del porqué más profundo? Tal vez —con aquella calma obstinación que acompañaba su labor— nos recordaría que nada vive sin alma y que el alma del ecumenismo reside en la oración que Jesús actualiza en cada alma y en toda alma que se abre humildemente a su Espíritu.

Por evidente que sea la compenetración del Santo Padre Juan Pablo II con el Vaticano II y por ende, como queda sentado, con el espíritu y las intuiciones del P. Couturier, debe mencionarse aquí este testimonio eminente. Serían miles las citas. En toda ocasión y con variedad de enfoques, insiste sobre la importancia básica de la oración personal y comunitaria, del ecumenismo espiritual, del arrepentimiento, de la santidad de vida, de la renovación de la vida católica misma; sobre "la prioridad pastoral del ecumenismo para la Iglesia Católica y para todos y cada uno de nosotros a todos los niveles de la Iglesia". Recomienda "que la unidad visible nunca se pierda de vista"; invita "a unirse con sincero corazón y deseo ardiente al coro inmenso de la comunión ecuménica"; etc. etc. (Cf. p. ej. año 86: enero en Roma; marzo en Países Bajos; octubre en Asís; noviembre en Melbourne. Año 1987: setiembre en Columbia (muy completo); octubre en Roma. Año 1988: enero en Roma, etc. etc.... Dada la alusión directa, condensamos la alocución en Lyon, Francia, octubre de 1986:

El ecumenismo espiritual de la oración y de la conversión del corazón: he ahí el camino real; el sendero obligado, la base de todo ecumenismo. La Iglesia

Lema de la Semana de 1953 (el último elegido por él): "A todos nosotros, los cristianos, la humildad nos abrirá los caminos cerrados".

10. "Cuando me pongo a pensar en las otras Iglesias, me coloco debajo de mis propios pies" (Juan XXIII al P. Michalon, en audiencia privada).
11. "Me gustan mucho las ideas del P. Couturier", dijo el Card. Montini (luego Pablo VI) en 1949.

Católica lo indicó claramente en su decreto conciliar *Unitatis redintegratio* (n. 8). De este modo hizo suya la intuición admirable del P. Paul Couturier, ese apóstol de la unidad de los cristianos que hace justo ochenta años fuera ordenado sacerdote para esta diócesis de Lyon. No olvido que fue él quien renovó la Semana de oración por la Unidad y que por iniciativa suya nació el "Grupo de Dombes" que, desde hace casi cincuenta años, siempre animado por su espíritu de oración y reconciliación, prosigue intercambios y trabajos empeñados en abrir pistas de convergencias en nuestra búsqueda de unidad en la fe. El P. Couturier quería para la Iglesia universal los bienes de la preciosa herencia legada a su Iglesia por los mártires de Lyon y de Vienne: "Partieron hacia Dios con la paz, sin dejar preocupación a su Madre (la Iglesia), ni causa de disensión o de lucha a sus hermanos, sino por el contrario alegría, paz, concordia y amor (Eusebio, *Hist. ecc.* V,II,7).

Pidamos especialmente al Señor, según la hermosa fórmula del Padre Couturier, que se realice la unidad visible de todos los cristianos "tal como Cristo la quiere y por los medios que quiera".

Como el Papa Juan Pablo II que cifra en María tantas esperanzas respecto a este asunto capital de la Iglesia, volvámonos a Ella con el P. Couturier:

"¿Cómo podría ser que aquella que en la tierra le dijo a su Hijo: 'Ya no tienen vino...' deje de decirle en el Reino: 'Ya no tienen Unidad'...?"

Y puesto que María se estaba al pie de la Cruz del Hijo, fundida el alma con la del Crucificado ¿cómo, en el Reino, no se estaría a los pies del Cordero inmolado con el alma fundida con la del Cordero en Su súplica a Su Padre por la Unidad de toda la familia cristiana: "Padre, que sean uno como nosotros somos UNO"?

María contestó al Ángel la palabra, "arquetipo" de la creatura a su Creador: "He aquí la servidora del Señor. Hágase en mí según Su palabra".

¡Que todos los cristianos se acerquen a su Señor, Cristo, con un alma abierta, atenta al llamado divino, humildemente abandonada, en la actitud de la humilde Virgen María!

Cuando las disposiciones del alma de la Virgen sean las de las almas cristianas, cuando la respuesta de la Virgen María resuene silenciosamente en nuestras almas, las de todos los cristianos, ese inmenso clamor silencioso, guiado y dominado por la voz de la Virgen, irá a derramarse ante el trono del Eterno en súplica irresistible. Y de nuevo, "bajo la acción del Espíritu Santo" la Unidad se hará.

*Abadía Santa Escolástica
Martín Rodríguez 547
1644 Victoria (B)
Argentina*

María Elena LAGOS, osb